

Cuadernos Livingstone

Experiencias de viajeros

Rob Roy, el baronet y los 300 de Escocia

David Revelles



Rob Roy, el baronet y los 300 de Escocia

David Revelles



Director editorial: Lluís Pastor
Director de la colección: Santiago Tejedor

Diseño de la colección: Editorial UOC
Primera edición en lengua castellana: mayo 2019
Primera edición digital: junio 2019

© David Revelles, del texto
© Imagen de cubierta: Oscar Elías
© Editorial UOC (Oberta UOC Publishing, SL), de esta edición, 2019
Rambla del Poblenou 156, 08018 Barcelona
www.editorialuoc.com

Realización editorial: Sònia Poch

ISBN: 978-84-9180-532-8

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño general y la cubierta, puede ser copiada, reproducida, almacenada o transmitida de ninguna forma, ni por ningún medio, sea este eléctrico, químico, mecánico, óptico, grabación, fotocopia, o cualquier otro, sin la previa autorización escrita de los titulares del *copyright*.

*And far and near through vale and hill,
Are faces that attest the same:
Kindling with instantaneous joy
At sound of Rob Roy's name*

William Wordsworth, *Rob Roy's grave*

*Mi corazón está en las Tierras Altas,
mi corazón no está aquí,
mi corazón está en las Tierras Altas
detrás de los ciervos,
detrás de los ciervos salvajes
y siguiendo al gamo;
dondequiera que vaya,
mi corazón está en las Tierras Altas...*

Robert Burns

PRÓLOGO

No pido otra cosa: el cielo sobre mí y el camino bajo mis pies.

Robert L. Stevenson

Una emoción llamada Escocia

Era domingo por la tarde. Septiembre de 2004. Tras aterrizar en el aeropuerto de Edimburgo y cargar los bártulos en el coche de alquiler, mi compañero de aventuras y desventuras en decenas de viajes por el mundo, el fotógrafo Oscar Elías, y yo pusimos rumbo a nuestro destino, la población de Pitlochry, en el corazón de Escocia. Era la primera vez que ponía un pie en el país, el lugar que había soñado conocer desde que era un adolescente.

Son curiosos los renglones que, a veces, te llevan a ligarte emocionalmente a un destino. Una nove-

la, una canción, una fotografía, una persona... Yo recuerdo con precisión qué hizo que quedara atrapado, como si de una suerte de amor a primera vista se tratara, a la ancestral Caledonia. Tenía once años cuando en la oscuridad de la única sala de cine de mi ciudad natal vi una película que sería determinante para entender mi pasión por Escocia. Se estrenaba *Los Inmortales* (1986), dirigida por Russell Mulcahy y con dos estrellas de relumbrón hollywoodiense de los ochenta, Christopher Lambert y Sean Connery, como protagonistas. Por si faltaba algún aliciente, *Queen* se encargaba de la banda sonora. La historia no podía ser más lubricante para una mente adolescente como la mía, anclada literariamente en esos años en el mundo épico de *El señor de los anillos* y con una querencia por el mundo celta.

Lambert, que encarnaba al montaraz escocés Connor MacLeod, recibía el adiestramiento del mítico agente 007, esta vez transmutado en Juan Sánchez Villalobos Ramírez, espadero del rey de España. Corría el año 1518 en Escocia cuando los caminos de ambos se cruzaron. Porque, diríamos, los dos eran *especiales*: no podían morir, eran inmortales, a menos que un espadachín más diestro lograra cortarles la cabeza. El adiestramiento en la espada, pero también en la vida, del escocés por parte del español no podía tener mejores escenarios que la monumentalidad de la naturaleza de Escocia, esa que no conocía en persona

pero que después tantas veces transitaría: las brumas y los misteriosos lagos (*loch* en gaélico) en la isla de Skye, el verdor de las montañas del Glen Coe, las soledades del páramo de Rannoch Moor...

Nunca antes había visto yo los paisajes de Escocia. Por eso, ya desde ese primer contacto cinematográfico con su feraz geología, sentí un deseo compulsivo por conocer esas tierras salvajes, donde parecía como si todo fuera nuevo aún. Sin embargo, la visión definitiva que selló mi particular enamoramiento con Escocia fue un castillo. El joven MacCleod, expulsado de su clan, tuvo que poner rumbo al exilio, obligado a abandonar la fortaleza y cobijo de los suyos. No era un baluarte cualquiera. Aún recuerdo la panorámica de Connor huyendo montaña arriba mientras lanzaba una última mirada a ese castillo asentado sobre una pequeña isla y conectado a tierra firme por un esbelto puente de piedra en la confluencia de dos lagos con unas hermosas montañas en el horizonte.

Era la primera vez que veía el Eilean Donan Castle, el castillo más emblemático de Escocia. Ese paisaje, ese castillo, me pareció (tengo el mismo parecer aún hoy) uno de los lugares más bellos del planeta. Quién me iba a decir a mí entonces, en ese primer viaje a Escocia que acababa de iniciar una tarde de domingo, que ese castillo sería una pieza clave en la historia que estoy a punto de contar.

Muchas veces me han preguntado por qué razón Escocia es esa parte del planeta de la que hablo con pasión, con un brillo en los ojos... Y cuando me propongo explicarlo, tarde o temprano aparecen *ellos*. Fue al pasar por el pueblo de Aberbeldy, cerca de Perth, cuando Oscar y yo decidimos parar para resituar nuestra ruta en el mapa. Habíamos parado el coche en una calle bulliciosa, con varios pubs abiertos y con la parroquia en la puerta sosteniendo pintas de cerveza. Fue entonces cuando aparecieron. Nunca olvidaré ese encuentro. Caminando o, mejor dicho, intentando mantener la verticalidad, tres hombres ataviados con el *kilt* —la tradicional vestimenta escocesa— pasaron frente a nuestro coche. Los dos más altos y robustos, de unos cincuenta y tantos ambos, casi un calco el uno del otro, compartían el mismo diseño y color de *tartán*, los tradicionales cuadros escoceses, lo que indicaba que pertenecían al mismo clan; el tercero, achaparrado y regordete, de rostro sonriente y nariz bulbosa, lucía otros colores en su *kilt*. A pesar de las diferencias, lo que unía a ese trío de beodos era, sin duda, la cantidad de *single malt* en sangre. El poeta nacional escocés Robert Burns (1759-1796) escribió una vez que «el *whisky* y la libertad caminan juntos». En el caso de ese trío, el aforismo del bardo se cumplía, aunque no la línea recta del camino.

Yo aún no lo sabía, pero acababa de toparme con los hermanos Alasdair y Duncan Campbell y con George Smollet, los primeros *salvajes* escoceses con los que cruzaría unas palabras y quienes, como son las cosas, sin ser conscientes, harían que esas primeras horas en Escocia fueran un carrusel de emociones y devinieran en más de una certeza.

Con el mapa sobre el volante, bajé el cristal del coche y, dirigiéndome a los hombres, les pedí si podían indicarnos cómo llegar a nuestro destino.

—¡Hola, buenas tardes! Vamos camino de Pitlochry. ¿Saben si vamos por buen camino y si está muy lejos? —les dije mientras el mayor de los Campbell, Alasdair, con una vaporosa sonrisa, recostaba su brazo sobre la ventana. Era calvo, de amigables ojillos vidriosos enmarcados por unas gafitas plateadas.

—¿A dónde dices que vais? —me espetó mientras meneaba la cabeza, negando, como si mi pregunta lo hubiera sacado de pronto de su ensoñación ética. Sus palabras dejaron, como un cometa tras de sí, un aliento alcohólico cosido a sus palabras.

—A Pitlochry, vamos a Pitlochry —repetí a un palmo de su cara, lo que me permitió observar en sus ojos, con claridad, cómo mis palabras eran para ese gigante adormecido por los vapores del *whisky* un verdadero misterio. Me escrutaba como a un extraterrestre recién llegado del espacio.

—¿Adónde? ¿No hay ningún pueblo que se llame así? —dijo mientras masticaba las palabras y, alternativamente, se giraba hacia sus compadres con una mirada de auxilio, repitiendo el nombre del pueblo ignoto que, a sus oídos, les pedía. Ahora sí, con los tres beodos parlotando entre ellos en un inglés pastoso y rudo que me costaba entender, llegué a la conclusión de que mi primer encuentro con los hijos de William Wallace iba a ser de todo menos heroico. Tan solo un infructuososeudodiálogo tabernero.

—¡A Pit-lo-chry, vamos a Pit-lo-chry! —intenté por última vez, sintiendo que podíamos estar así toda la tarde sin posibilidad de enmienda.

Oscar miraba con cara de estupefacción el cuadro, así que decidió entrar en escena para poner algo de cordura. Agarró el mapa y, señalando la coordenada y mostrándosela al escocés, volvió a invocar el pueblo al que no sabíamos si llegaríamos alguna vez. Entonces, al ver el dedo de mi compañero en el mapa, como si saliera de un trance de un ritual en honor de Baco, el gigante dejó escapar una cavernosa risotada mientras compartía con sus compañeros el descubrimiento.

—¡Van a Pit-lo-chry! ¡Vais a Pit-lo-chry! —repitió varias veces despacio y entre risas, como se le enseña a un niño una primera palabra. Juro por Dios que no tenía nada que ver con mi pronunciación.

Primera certeza de mis primeras horas en Escocia: el inglés caledoniano, ya de por sí caver-

noso, cincelado en el yunque de las Tierras Altas, podía ser, con el aderezo de unas gotas de *whisky*, un misterio con el que quedarte *lost in traslation*. Por suerte, viajar te demuestra hasta qué punto el ser humano es capaz de trascender cualquier escollo de comunicación y cómo, más allá de cualquier ortodoxia lingüística, la curiosidad y el interés por el otro lo solventan todo. Así fue como, casi arras-trados por el trío calavera, acabamos en un *pub* escocés invitados a una ronda de cerveza una tarde de domingo.

—¿De dónde venís? —me preguntó apoyado en la barra el pequeño Smollet, quien resultó ser el cartero del pueblo y un gran conversador.

—Somos periodistas y venimos de Barcelona. En los próximos días vamos a hacer varios reportajes sobre la zona oeste de Escocia para varias revistas y diarios españoles —le expliqué.

—¡Oh, España, adoro vuestro sol! —exclamó junto a mí el enorme Alasdair, el más dicharachero de los hermanos, mientras Duncan hundía el morro en una jarra de cerveza. Dos veranos atrás, había pasado unos días en Marbella con su mujer—. Si Escocia tuviera el sol de Andalucía ya no habría duda, ¿este sería el mejor lugar del planeta! —cacareó.

—El problema es que no podríais ir vestidos con vuestro *kilts* de lana. Demasiado calor —respondí.

—Es verdad, aunque también usamos tejanos, ¿eh? —zanjó con una mueca uno de los Campbell—. De hecho, hoy vestimos los colores del clan porque vamos de camino a un *cèilidh*. Estará todo el pueblo. Allí bailaremos un rato, escucharemos un poco de buena música y beberemos algún *dram* (vasito) de *whisky*.

—¿Un *cèilidh*? ¿Qué es? —le pregunté. Ahora era yo quien le dedicaba la misma mirada de extrañeza ante aquella singular palabra que escuchaba por primera vez.

—¡Venid con nosotros! —exclamó Duncan después de apurar su pinta de un trago y de salir de su letargo etílico—. Así empezarán a conocer de verdad Escocia.

Íbamos bien de tiempo, así que Oscar y yo decidimos que era buena idea iniciar el reportaje con esa oportunidad que nos brindaba el azar. Nuestros pasos acabaron en el pabellón deportivo del pueblo. Cuando se abrió la puerta, como si todo estuviera encapsulado en su interior, se desparramó un torbellino de música, risas y energía difícil de describir. En la pista de baile, una variopinta multitud de autóctonos de todas las edades danzaban al ritmo de los músicos que ocupaban el escenario. Un par de violines, una gaita y un acordeón marcaban el ritmo trepidante de los danzantes. Los pliegues de las faldas de hombres

y mujeres orquestaban una coreografía humana rítmica y fascinante.

«Así que eso es un *cèilidh*», pensé mientras seguía a Oscar, quien, como un crío emocionado, no dejaba de disparar su cámara, hipnotizado por ese mosaico en movimiento al compás de la música. Pero no de cualquier música. Música escocesa, un pedazo esencial para entender el alma del país, de sus gentes, de sus paisajes, de su historia y sus leyendas. Grupos como Clannad o Capercaillie, músicos como Julie Fowlis, Alasdair Fraser, Phil Cunningham, Aly Bain... la banda sonora de todos mis viajes a esas tierras bárbaras.

—¡Bienvenido a tu primer *cèilidh* escocés! —me gritó al oído el bueno de Alasdair. Acto seguido, me presentó a su esposa y a buena parte de su familia, situada en un corrillo frente a un puesto en el que repartían pastel de carne recién horneado y vasitos del omnipresente *whisky*.

Con un vaso en la mano, me brindó la segunda gran lección que aprendí en tierras escocesas, y que tras muchos *cèilidh* no he dejado de admirar: la importancia y respeto sacrosanto de esta tierra, de sus gentes, por su legado musical, ya sea trasmutado en un trepidante *ri* de violín o en la melancólica y lastimera tonada de una gaita. Cuando el jolgorio y el baile alcanzó su clímax, apareció con sigilo en el escenario una joven espigada. Se llamaba Kirsteen

Menzies. Su voz cristalina hizo acto de presencia para enmudecer al respetable, que segundos antes estaba enfrascado en jácaras y en un torbellino de faldas al vuelo.

—¿Qué está cantando? —le pregunté a George conmovido por la belleza de la voz. Por primera vez escuchaba a alguien cantar en gaélico, la lengua secular escocesa. Él, emocionado, me explicó que era una canción del tradicional canto gaélico del oeste, el *Mod*.

En ese silencio, la tonada *Oran A' Chalmain* se abrió paso como un gigante de seda. A mi lado, George, el cartero, con la nariz encarnada por el enésimo *dram* de *whisky* y observando el escenario con mirada beatífica, me susurró como un oráculo iluminado por la clarividencia del espirituoso: «Es la voz de nuestra tierra, de nuestros bosques y ríos. Esa es la voz de Escocia». Unas horas más tarde, cuando el cansancio doblegaba la resistencia de mis ojos, repasé mentalmente todo lo que había vivido en esas primeras horas en Escocia. Años más tarde, entrevistando al divulgador científico Eduard Punset, este me hablaría de lo que los neurocientíficos llaman *flashbulb memories* (memorias de impacto), remembranzas que, cosidas a una emoción profunda, a vivencias pasadas por el tamiz de la subjetividad, dejan una honda huella en la memoria. Están grabadas a fuego, de tal manera que no solo nos permiten recrear hasta los detalles

sensoriales más ínfimos, sino revivirlas como si el paso del tiempo no hubiera agostado su intensidad.

Fue entonces cuando supe que esas primeras horas en Escocia no fueron más que la materialización de un sueño adolescente. Y que así pasaran los años no podría nunca romper el lazo que ese día inicié con Escocia, una emoción imposible de olvidar.

LA ÚLTIMA BALA DE LAS TERMÓPILAS

En los senos de esas montañas escarpadas habita una raza de hierro, enemiga de los suaves habitantes del llano. Fuerte con la confianza que le inspira el espectáculo de esas murallas de roca, asilo de una libertad pobre y grosera, insulta la abundancia de los valles que están a sus pies.

Y. Gray

Un cuadro, una historia, un viaje

El cuadro congela el clímax de la batalla. Son casi las ocho de la tarde del 10 de junio de 1719. En el campo de batalla, un angosto y desolado paso entre las montañas de la península de Kintail, en las Tierras Altas de Escocia, huele a pólvora, sangre y desesperación.

Los sonidos de la guerra reverberan entre las elevadas cimas, testigos mudos de la escena: los tambores marcan el paso de las prietas columnas

del ejército inglés, 850 infantes ascendiendo por los costados de dos colinas en las que está apostado el ejército enemigo, un millar de montaraces de las Highlands. Mientras, los morteros ingleses situados junto al río Shiel los golpean metódicamente. Los escoceses, desde sus posiciones elevadas, no se achican y disparan sin cesar al mismo tiempo que lanzan insultos y bravuconadas a los *casacas rojas*. Las gaitas truenan entre las montañas.

En el flanco derecho de la posición escocesa, la mirada se detiene en la figura de un combatiente que, vestido con el *plaid* —la vestimenta de los autóctonos de las Highlands— y tocado con un bonete pardo, emerge de entre la espesa humareda de los disparos. Blande una espada en su mano derecha y un escudo redondo en la izquierda. Con la guardia abierta, pareciera como si él solo quisiera enfrentarse a los infantes ingleses que, a unos metros de su posición, se acercan.

Pero ese no es el único detalle que llama la atención de la escena bélica. En un altozano, una extraña bandera en esas latitudes brilla bajo el cielo azul. Es el aspa de Borgoña, que ondea en el centro de un abigarrado grupo de soldados. No llegan a 300. Visten casaca blanca y divisa azul en las mangas. Son infantes del Regimiento Galicia. Un puñado de infantes españoles en el corazón de las Highlands dispuestos cumplir la misión que les ha encomenda-

do su rey, Felipe V. Es cierto, no eran espartanos, no estaban comandados por el rey Leónidas y ante ellos no tenían una fuerza de miles de persas, pero ese paso entre las montañas escocesas sería su particular batalla de las Termópilas.

El fragor del choque dura apenas tres horas. En el centro del cuadro, montando un alazán negro encabritado, con la espada desnuda en la diestra, el comandante inglés, el Major General Joseph Whightman, triunfal, da las últimas órdenes mientras los escoceses huyen y se dispersan por las elevadas montañas, lamiéndose las heridas y maldiciendo su suerte.

El silencio va adueñándose del campo de batalla. Los mosquetes y pistolas enmudecen poco a poco para dejar espacio a los alaridos de los heridos y al lamento por los muertos. Hasta que ya solo se escucha un último disparo —¿acaso ha sido el orgulloso montaraz del bonete pardo el que, en su huida hacia la cima de la montaña, ha querido decir así su última palabra?—, que resuena entre las montañas como un lamento desesperado.

El último disparo de la batalla de Glenshiel.

Desde hace más de una década, de las primeras cosas que ven mis ojos somnolientos al despertar es el cuadro de esa batalla. Colgado sobre mi escritorio, la reproducción de esa escena bélica que pintara el artista flamenco Peter Tillemans me ha acompa-

ñado todo ese tiempo, recordándome a diario una historia —minúscula en los libros de historia, insignificante dirán algunos— que para mí es toda una inspiración. Por eso he viajado decenas de veces a Glenshiel, muchas con la imaginación, pero también físicamente, pisando el brezo que hoyaron los combatientes o ascendiendo hasta las solitarias cimas de las montañas por las que huyeron. Por eso, durante todos estos años, también he buceado en bibliotecas y archivos de España, Inglaterra y Escocia en busca de cualquier pista que me acercara un poco más a esa batalla, a los acontecimientos trascendentales que la precedieron y a sus protagonistas.

¿El objetivo de este libro? Con el tricentésimo aniversario de esos hechos en el horizonte, tan solo explicar y sacar del olvido la apasionante (y desconocida) historia que hay tras este episodio. Pero también plasmarla en la crónica de un viaje definitivo, como nunca había hecho en todos estos años, hilvanando, de un tirón, todos los escenarios relevantes de la historia. Este libro es el resultado de ese viaje, de esa aventura personal llena de emoción y descubrimiento. Porque sin esa historia yo no conocería ni amaría tanto Escocia.

En realidad, como en una perfecta carambola de billar, trigonometría de la historia, en el cuadro de Tillemans están los tres elementos que han hecho que durante todos estos años buceara en ese epi-

sodio. Es la cuadratura perfecta de este largo viaje. Y del título de este libro. De ahí que la figura de Rob Roy MacGregor (1671-1734), uno de los mitos escoceses del siglo XVIII más célebres en el mundo, ocupe un lugar de privilegio en esta historia. Como la magnética figura entre las nubes de pólvora del cuadro de la batalla de Glenshiel. Son muchos los que opinan que el aguerrido combatiente con *plaid* pardo y actitud arrogante no es otro que el mítico personaje. Y es que el cabecilla de los MacGregor luchó en Glenshiel —de hecho, fue su última batalla— junto con un buen grupo de hombres de su clan.

Cuando descubrí la participación del forajido más famoso de Escocia en Glenshiel fue como toparme con una supernova. A partir de ese momento empecé a leer la mayoría de libros biográficos sobre sus andanzas y aventuras. Aunque, sin duda, la suerte ha sido seguir sus huellas, su leyenda, en cada cañada, vado, bosque o lago de Escocia en el que aún late su mito: en la cueva del Loch Lomond, donde se escondió de los *sasanach* ingleses cuando, por su última cabriola con el pillaje, la soga estaba demasiado cerca; en el espejear de las aguas del *loch* Katrine, muy cerca de donde naciera; en villorrios como Callander y Crianlarich; o en su tumba, en Balquhidder, junto a las riberas del *loch* Voil... Y, por supuesto, también lo seguí hasta Glenshiel. Como

sus hombres, fieles hasta el fin al Leónidas de las Highlands. Mito entre las montañas, pero también en las páginas de un libro.

De inmortalizarlo en papel se encargó el genio literario Sir Walter Scott (1771-1832), quien con su novela homónima lo entronizó en el Olimpo de los iconos escoceses. Cómo no incluir, por tanto, en este viaje literario al primer baronet de Abbotsford, el título nobiliario que recibió del rey Jorge IV en 1820. Scott ha sido para mí una de mis principales fuentes en todos estos años a la hora de descubrir el ADN de este país, especialmente los Borders, las tierras de frontera con Inglaterra en las que creció, escribió y murió.

¿Y qué decir de ese puñado soldados españoles con una misión que cumplir en el corazón de las Tierras Altas y vinculados sin querer al forajido y al artífice de su mito en papel? En mi segundo viaje al país, allá por 2005, descubrí su fascinante historia mientras realizaba un reportaje sobre el Eilean Donan, el castillo más icónico del país. Fue allí donde encontré su huella, esa que ya no pude dejar de seguir. Situada entre la península de Kintail y la isla de Skye, la fortaleza, por la que cada año pasan miles de turistas pensando que es un baluarte medieval o, como máximo, del siglo XVI, ¡data de principios del siglo XX! ¿Cómo podía ser? Sencillamente porque es una reconstrucción del castillo que, un 10

de mayo de 1719, saltó por los aires bajo los cañones de una fragata inglesa cuando lo defendían una cuarentena de soldados españoles...

Descubrir ese dato fue sentir un mordisco en el alma, el destello que siente un contador de historias cuando está ante un grandísimo relato. Y entonces empecé el camino para intentar poner luz a su historia, a la aventura de los 300, desde que pusieron un pie en Escocia allá por abril de 1719 hasta que, en noviembre de ese mismo año y tras meses en las mazmorras del castillo de Edimburgo, volvieron a España.

Algunos de los destellos de felicidad, de gratificación personal en mi investigación, los he encontrado a través de las historias personales de esos hombres. Aún recuerdo una soleada mañana de 2006 caminando por la ribera del Támesis después de haber logrado una vieja copia mecanografiada del libro *Spain and Britain (1715-1719)*, del investigador Lawrence Bartlam Smith, en la London School of Economics and Political Science. No podía dejar de sonreír. Por fin tenía los nombres de esa particular escuadra de espartano-galeicos, los sentía más y más cerca: el coronel Nicolás Bolaño y Castro, líder del regimiento; el aventurero irlandés Peter Stapleton; el joven teniente segundo Andrés de Hermosilla; el teniente Pedro Pazcuero, encargado de la defensa del Eilean Donan Castle antes de que saltara por los aires...

Pero como toda buena historia, siempre hay más detrás. Una curiosidad voraz me hizo leer y releer libros para conocer por qué demonios esos dos batallones del regimiento Galicia habían ido a parar a una de las zonas más inhóspitas de Escocia. Entonces, poco a poco, la bruma que en un principio envolvía la singular misión militar fue dando paso a una excitante sensación de sorpresa, la de haber embarcado en un viaje en el tiempo a la Escocia y la España de principios del siglo XVIII, desentrañando una fascinante historia en la que no faltaban intrigas, traiciones y redes de espías.

Era la Europa del Tratado de Utrecht y de la repartición de los territorios españoles en el continente entre las principales potencias: para Carlos VI de Austria, Países Bajos, el Milanesado, Nápoles, Flandes y la isla de Cerdeña; para la emergente Inglaterra, la isla de Menorca y Gibraltar... España, tras la Guerra de Sucesión, se dejaba por el camino su peso político en Europa y buena parte de su hegemonía mediterránea. Hasta que llegó a escena uno de esos personajes fascinantes de esta historia, el cardenal Giulio Alberoni, un aprendiz de Richelieu que, durante los primeros años del reinado de Felipe V, dirimió la política interna e internacional de España. El cardenal tuvo claro que, si España quería recuperar su estatus de potencia, debía dar un paso al frente. Y eso es lo que sucedió tras la fulminante e inesperada para las potencias continenta-

les conquista militar de Cerdeña en 1717. Se abría así el capítulo previo a la guerra de la Cuádruple Alianza —coalición constituida como contrapoder a España y formada por el Sacro Imperio Romano Germánico, Francia, Gran Bretaña y las Provincias Unidas—, un choque bélico que, entre 1718 y 1720, pondría en jaque el *statu quo* europeo.

Pero ¿qué papel podía tener en ese entramado geopolítico el minúsculo ejército español llegado a Escocia? Una de mis primeras certezas fue confirmar que, en realidad, era solo la punta del iceberg de un complejo plan militar urdido por el astuto Alberoni. La cúspide de ese complot era, nada más y nada menos, que restaurar en el trono del Reino Unido, con la ayuda económica y militar de España, a la dinastía católica de los Estuardo, exiliada en Francia.

La maleta abierta sobre mi cama engulle como un agujero negro todo lo necesario para el viaje que estoy a punto de hacer. Junto a algo de ropa, mis viejas botas de montaña y un puñado de libros, dormitan también antiguos cuadernos de mis viajes a Escocia. Hace tiempo que no los abro. Anotaciones, dibujos, garabatos, apenas el nombre de una persona o de un lugar cosido a una fecha, a un instante. También quiero que me acompañen.

Todo está preparado. Pero aún me falta algo. En mi escritorio, bajo la reproducción del cuadro de la batalla de Glenshiel, tengo mi particular *cofre de los tesoro*

ros escoceses. Cuando viajo me gusta llevarme algo físico de la tierra que visito, un *souvenir* que, ya de regreso, tan solo con tocarlo, me recuerde en un fogonazo de la memoria las emociones que me embargaron cuando estuve allí. En el fondo de la caja la encuentro.

Es una bala de plomo, un pedazo de metal que, al instante, me lleva a las montañas de Glenshiel. Me la regaló Dolan Macmillan, propietario de Achnagart Farm, granja situada a un paso del campo de batalla. Mientras Oscar y yo buscábamos el emplazamiento exacto de la batalla, la fortuna nos llevó a seguir un camino que llevaba hasta su granja. Fue uno de los innumerables golpes de suerte que han acompañado mi búsqueda en todos estos años. Dolan nos explicó que su tío había talado hacía muchos años el bosque cercano. «Mira lo que encontré», me dijo mientras zarandeaba un bote transparente en el que había no menos de un centenar de proyectiles.

¿Y si esa bala que me acompañará todo el viaje, como un talismán, fue el último disparo de la batalla de Glenshiel, las Termópilas escocesas? ¿Y si la disparó Rob Roy McGregor antes de dispersarse con sus hombres, como espectros en la niebla, por las montañas de Kintail?

Nunca lo sabré. No importa. Lo que sé es que en mi mano tengo un trozo de esa gran historia, uno que justifica un viaje, definitivo, a la hermosa y feraz Escocia.



El 10 de mayo de 1719, el castillo Eilean Donan saltó por los aires bajo los cañones de una fragata inglesa. Ese día, 41 soldados españoles del Regimiento Galicia, una partida de 318 infantes enviados por Felipe V al corazón de las Highlands, defendieron el que hoy es uno de los iconos de Escocia. Su objetivo, apoyar la causa de los jacobitas, fieles a la dinastía católica de los Estuardo. Llegaba a su clímax una historia digna de una novela del escritor Sir Walter Scott, primer baronet de Abbotsford. Pero aún faltaba un episodio determinante: la batalla de Glenshiel, las Termópilas de Escocia. El 10 de junio, 274 soldados españoles se enfrentaron, con las montañas de Kintail como telón de fondo, a un ejército inglés. No estuvieron solos. Rob Roy, uno de los héroes más célebres del país, y sus *macgrioghairs* lucharon a su lado. Esta es su historia, esta fue su aventura.

David Revelles

Soy periodista, escritor y guía especializado en Escocia. Desde hace años acerco a viajeros la esencia, la belleza y la historia que late en la vieja Caledonia. Pero, entre todas las historias, una: la de un minúsculo ejército español que, en 1719, dejó su huella para siempre en las Tierras Altas escocesas.



EDITORIAL UOC